

Pilar Sordo

¡Viva la diferencia!

(... y el complemento también)



Lo femenino y lo masculino.
La magia en el ser mujer.
La realidad en el ser hombre.

Pilar Sordo

¡Viva la diferencia!
(... y el complemento también)

Lo femenino y lo masculino
La magia en el ser mujer
La realidad en el ser hombre

ÍNDICE

Introducción.....	11
PRIMERA PARTE	
Opuestos y complementarios.....	19
CAPÍTULO I	
El folículo y el espermio: el comienzo de todas las diferencias.....	21
CAPÍTULO II	
Retener y soltar. Funciones naturales en el ser humano..	27
CAPÍTULO III	
Femenino y masculino. Diferencias psicológicas encontradas.....	41
CAPÍTULO IV	
El privilegio del ver masculino y el privilegio del sentir femenino	73
CAPÍTULO V	
Los cuentos de hadas en la psicología femenina y masculina.....	81
CAPÍTULO VI	
Pensamiento mágico. Pensamiento real.....	89
CAPÍTULO VII	
Causas de la infelicidad	103

CAPÍTULO VIII

La ansiedad y sus consecuencias en el pensamiento mágico	113
---	-----

SEGUNDA PARTE

Desequilibrio y armonía.....	121
-------------------------------------	------------

I. Características de las nuevas generaciones de adolescentes	125
--	-----

II. Masculinización adolescente y otros temas	140
---	-----

Conclusiones.....	177
--------------------------	------------

Agradecimientos.....	187
-----------------------------	------------

INTRODUCCIÓN

Este libro tiene su primera inspiración hace ya unos cuantos años atrás, en los repetidos momentos en que me tocó oír y observar tanto el discurso verbal como el no verbal de muchas mujeres a las que atendía en mi consulta. Del discurso masculino no tenía tanta evidencia, en parte, creo, porque los cambios culturales que ha experimentado el género femenino han llevado a que mis congéneres recurran más espontánea y libremente a la ayuda psicológica.

Cabía en ese entonces hacer hincapié en que una de las mayores diferencias entre lo que decían las mujeres en mi consulta, respecto de lo que los hombres decían sobre temas similares, es que cuando hablamos de nosotras no hablamos de nosotras, siempre hablamos de otros y esos otros parecen ser los causantes de nuestras infelicidades o de nuestra felicidad, sin aparecer

en este discurso una responsabilidad propia en nuestro quehacer y en la construcción de nuestra cotidianidad. En cambio, los hombres parecen mayoritariamente preocupados del logro, de las metas y de los obstáculos que encuentran en su camino.

Esta primera y gran diferencia surge al deducir una segunda y muy extendida característica femenina, como es el que las mujeres nos quejamos tanto y mucho más que los hombres; siempre hay un «pero», un «pucha», algún tipo de exclamación que hace notar o sentir que hay algo que no fue todo lo ideal que hubiéramos querido que fuera.

Estas dos preocupaciones –el que otros u otras sean los causantes de la felicidad o la infelicidad femenina y la queja o el que nada resulte como se pensó en un primer momento– me llevaron al mundo de lo masculino y lo femenino en Chile. Realicé una investigación de tres años, que constó de una muestra de alrededor de tres mil a cuatro mil personas de distintas edades, entre los cinco y los noventa años, de ambos sexos y de distintos niveles socioeconómicos; al final, la muestra fue ampliada para considerar a personas de distintas regiones. Advierto a los

lectores que todo a lo que aquí me refiero surge de lo observado empíricamente a través de mi experiencia clínica e intenté que esta investigación fuera lo más exhaustiva posible. Solo tomé como referencias de aproximación al tema la teoría de Jung (ánimus-ánima), el enfoque de John Gray y el Ying-Yang –opuestos y complementarios de la filosofía oriental–, pero no haré ninguna mención explícita a ellas.

La investigación me permitió identificar como una tendencia importante el que hoy día se piense y transmita a las generaciones jóvenes que las mujeres sufren más, que las mujeres son más humilladas, que las mujeres son más maltratadas. Esto, en muchas situaciones y en determinadas realidades sociales, es verdad; sin embargo, ello no justifica que se esté traspasando en la actualidad a nuestros hijos y futuras generaciones la idea de que para sobrevivir o vivir más felices debemos ser lo menos mujeres posibles. Esto provoca muchos daños en nuestros adolescentes, a los que me referiré más adelante. Quisiera recalcar además que este trabajo me permitió comprobar de una u otra forma que este tópico constituye una especie de modelo que lleva ya mucho tiempo circulando en

nuestro inconsciente colectivo, con los consecuentes daños.

Por una parte, circula el paradigma a través del cual se plantea que hombres y mujeres somos iguales. Cuando yo supongo que algo es igual a mí tengo la predisposición a pensar que esa persona actúa igual que yo, piensa igual que yo y siente igual que yo. Y cuando de alguna manera pretendo que eso sea así, se generan todas las incomprensiones que conocemos y experimentamos a diario, pues, en realidad, nadie actuará igual a mí, menos aún una persona del otro sexo. No es cierto que hombres y mujeres seamos iguales; la verdad es que somos absolutamente distintos. Por medio de mi trabajo pretendo demostrarlo y en alguna medida ayudar a que seamos capaces de valorar nuestras diferencias para generar complemento y no motivar la «implacable» igualdad que lo único que produce es competencia.

Ahora bien, aclaro que igualdad no es lo mismo que equidad. Tenemos derechos que nos igualan y, por lo mismo, debiéramos acceder a las mismas oportunidades; pero esto, reitero, no quiere decir que seamos iguales ni psicológica ni socialmente hablando. Cada uno aporta

a la sociedad y al mundo afectivo que lo rodea cosas distintas que son igualmente importantes y necesarias para la construcción de una familia, una identidad y una sociedad armónica.

Es importante recalcar desde ya que cuando a lo largo del libro me refiera a hombres y mujeres lo que estoy haciendo en estricto rigor es referirme a lo masculino y a lo femenino que todos tenemos dentro de nosotros mismos. Yo, por ser mujer, debiera tener más facilidad para adquirir los aprendizajes femeninos, pero no necesariamente la vida que he tenido me ha permitido encauzar esos aprendizajes, y esto es lo que probablemente le ha pasado a muchas personas y seguirá pasando si es que no nos detenemos, identificamos y reflexionamos sobre este asunto. Lo importante en este punto será, entonces, descubrir qué aspectos masculinos y femeninos tiene cada uno desarrollados y cómo dentro nuestro podemos equilibrar y complementar ambos matices para poder hacer más fluida e íntegra nuestra estabilidad psicológica y, por ende, lograr la armonía necesaria para poder desarrollarnos en plenitud, tanto respecto de uno mismo como con los seres que más queremos.

Comencé esta introducción refiriéndome a que las mujeres acusan sufrir más de lo que los hombres manifiestan. Este mensaje ha traspasado los distintos niveles culturales en forma muy potente, pues esa concepción se ha instalado en nuestro discurso verbal, en la manera como las propias mujeres nos referimos a nuestro género. Así, por ejemplo, podemos visualizar el siguiente escenario: las mujeres tenemos la menstruación –a la cual nos referimos como «enfermedad»–, que es mensual y que además una semana previa al estar «enfermas» solemos estar un tanto «insoportables»; resulta entonces que debemos contar con a lo menos la mitad del mes dañado y esto equivale, a la larga, a la mitad de nuestra vida. Nadie querrá, en su sano juicio, parecerse a ese ser humano que tiene garantizado pasarlo mal la mitad de su vida.

El mensaje de que ser mujer es un problema lo hemos ido transmitiendo las mujeres adultas –tanto a través de nuestro lenguaje verbal como de nuestros comportamientos– a las nuevas generaciones, a nuestros hijos, sean varones o mujeres. También, por supuesto, se trata de un concepto incorporado a nuestras relaciones de pareja. Por esto, y por lo que veremos más

adelante en este libro, es que surge la imperiosa necesidad de reevaluar la condición de lo femenino, estableciendo a nivel social el reencantamiento hacia esta mirada, el reencuentro con los elementos femeninos en los procesos productivos, educacionales, familiares e íntimos para poder revisar nuestra historia desde los logros que se están obteniendo y que, como explicaré en los capítulos que vienen, responden más bien a una visión masculina.

Lo dicho hasta aquí implica hacer realmente más profunda nuestra visión para entender de verdad la vida como un proceso de aprendizaje, como algo que se parece más a vivirla paso a paso y no al resultado de lo que logramos solo en la medida en que se van alcanzando los objetivos que pretendemos alcanzar. Con este fin describiré capítulo a capítulo los hallazgos y el camino que ha sido, sin lugar a dudas, en primera instancia personal, un redescubrirme a mí como mujer en mis partes masculinas y femeninas, tanto en mi trabajo en cuanto psicóloga como en mi postura frente a la vida cultural y social en mi rol de mujer.